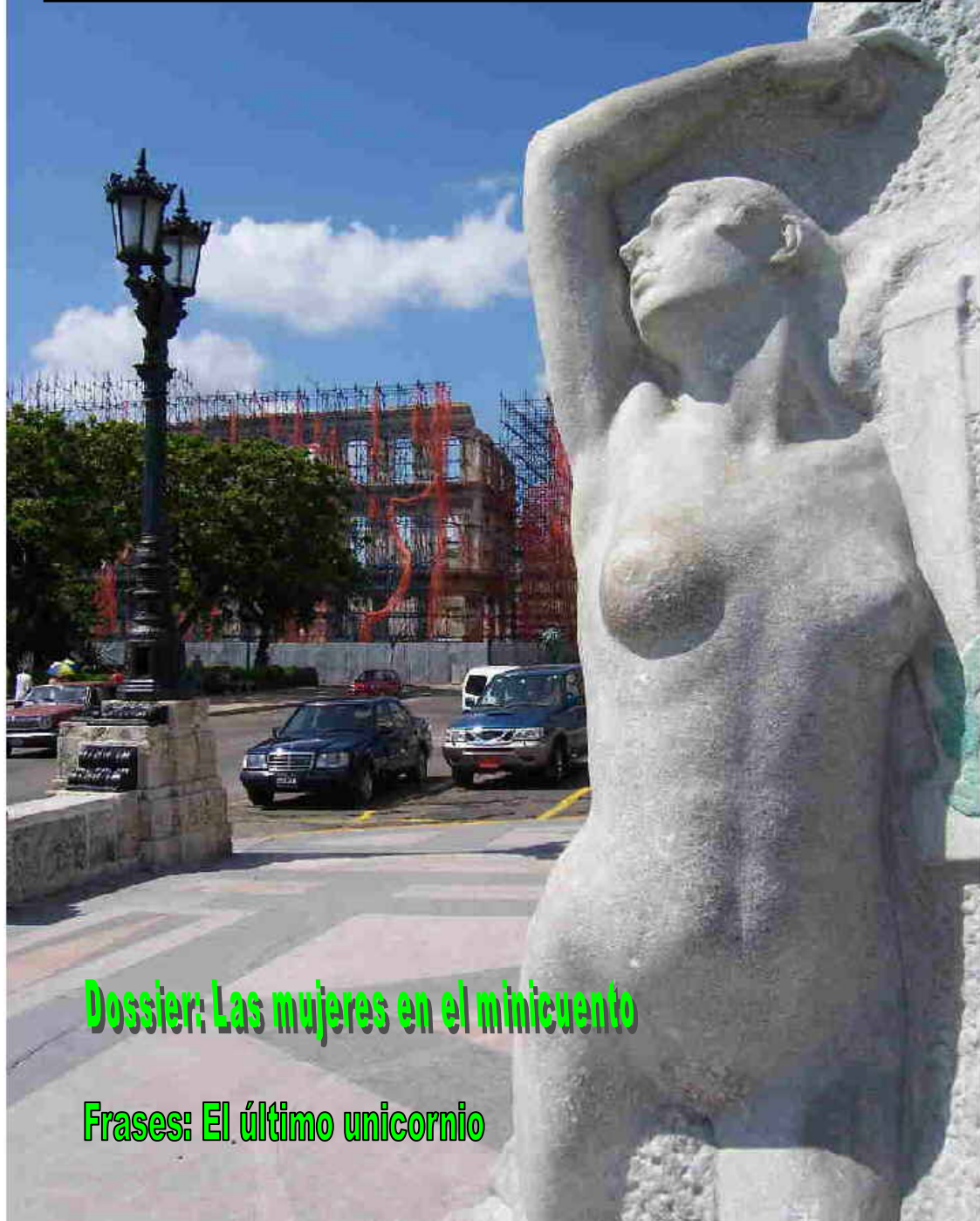


miNatura

Cuando despertó, miNatura todavía estaba allí.



Dossier: Las mujeres en el minicuento

Frases: El último unicornio

Dirección general: Ricardo Acevedo E. **Portada:** Detalle de la estatua de Juan Clemente Zenea (Paseo del Prado, Cuba) por Carmen Rosa Signes Urrea.

Enviar colaboraciones y críticas a: minaturacu@yahoo.es

Dossier: Las Mujeres en el minicuento

Editorial

"El mayor secreto de las mujeres es que no tiene ninguno"

- Enrique Jardiel Poncela (España, 1901-1952)

Mientras trabajaba en el número anterior¹ descubrí que algo faltaba... ¡mujeres! Y con Ana María Shua² y Luisa Valenzuela por bandera me lance a la temeraria empresa de encontrar mujeres en el aparentemente machista universo del minicuento y luego de consulta con expertos y amigos (Heras e Ivonne) descubrí colaboradoras (algunas olvidadas, es cierto): Dazra, Ana, Fefy dispuestas a desempolvar sus viejos *filies*.

En el google encontré las asociaciones de mujeres escritoras de minicuento (norteamericanas y australianas) pero tan dignas instituciones jamás respondieron a mis humildes *e-mails*.

¡Más llamé al cielo y no me oyó! Y cuando lo creía todo perdido la memoria y el bueno de google: Loynaz, Pizarnik y todo comenzó a acelerarse. Desde México llegaba la caballería: Krauze, Mónica. Mientras un verdadero hormiguero de textos aparecían en Chile y Venezuela tantos que

tuve que hacer esfuerzos para no desbordar esta modesta publicación.

Ya embriagado de mujeres mi calida esposa me recuerda que la idea de un *miNatura* dedicado a la mujer era ya una idea rumiada desde el 2003 y que más del

90 por 100 de los textos ya estaban sugeridos³.

Nada que cuando ellas tienen la razón... ¡la tiene!

El Director

Sumario:

2/ Editorial.

3-5/ *Amores entre guardián y casuarina. El respeto por los géneros. Discurso doble. Ataduras. Los pulcros son así. Sádicos. Doncella y unicornio I. sapo y princesa I. El iluso y los incrédulos. Máquina del tiempo. Cuatro paredes.* / **Ana María Shua.** (Argentina)

5/ *El sabor de una medialuna a las nueve de la mañana en un viejo café del barrio donde a los 97 años Rodolfo Mondolfo todavía se reúne con sus amigos los miércoles a la tarde.* / **Luisa Valenzuela.** (Argentina)

5/ *Envidia (fragmento).* / **Dulce María Loynaz.** (Cuba)

5/ *Ahora que es de noche en La Habana.* / **Lien C. Lau.** (Cuba)

6/ *Pobre, pobre.* / **María Josefa Simón.** (Cuba)

6/ *La fuga.* / **María L. Diaz.** (Cuba)

6/ *Supervivencia.* / **Yailín Pérez.** (Cuba)

miNatura

¹ Dedicado a los escritores de Hispanoamérica.

² La sueñera, Casa de Geishas, Botánica del caos y Temporada de fantasmas.

³ En una olvidada antología de minicuentos llamada "Ahora que es de noche en La Habana"

- 6/ *Ika*. / **Yanet** (Cuba)
 6/ *Últimos segundos de gloria*. / **Ana Henri** (Cuba)
 7/ *Reto*. / **Sonmy Álvarez**. (Cuba)
 7/ *La vieja historia del hombre sin corazón*. / **Otamy L. Rubio**. (Cuba)
 7/ *El Charco*. / **Lourdes Rojas**. (Cuba)
 7/ *Tierno azul*. / **Dazra Novak**. (Cuba)
 8/ *Intimidaciones del Tiempo*. / **Ana L. Vega**. (Cuba)
 8/ *Feromonas*. / **Aymara Aymerich**. (Cuba)
 10/ *Sinae* / **Ivonne C. Pérez**. (Cuba)
 10/ *El Encargo* / **Carmen R. Signes** (España)
 11/ *Devoción* / **Alejandra Pizarnik** (Argentina)
 11/ *14*. / **Cristina P. Rossi** (Uruguay)
 12/ *Minicuento 06* / **Mónica Morales** (México)
 12/ *Hembra*. / **Ethel Krauze**. (México)
 13/ *Estado se sitio*. / **Elena Poniatowska**. (México)
 13/ *Rosas* / **Alejandra Basulto** (Chile)
 13/ *Polvo serás*. / **Alicia Sánchez** (Chile)
 14/ *La mujer que amó la lluvia*. / **Iliana G. Berbesi** (Venezuela)

Amores entre guardián y casuarina

Plaza pública. Guardián enamorado de casuarina (secretamente, incluso para sí mismo). Recorte del presupuesto municipal. Guardián trasladado a tareas de oficina. Casuarina languidece. Guardián languidece. Patéticos encuentros nocturnos. Con el correr de los días, casuarina transformada en palo borracho. Murmuraciones en el barrio. Una noche, trágico parto prematuro: vástago discretamente enterrado. Previsible crecimiento in situ de una planta desclasada y rebelde que se niega a

permanecer atada a sus raíces pero tampoco quiere estudiar y bebe desordenadamente cerveza sentada en el cordón de la vereda.

Malos consejos

Por consejo del hechicero, tallo una figura de madera con la forma exacta de su enemigo. La quemó en el campo, de noche, bajo la luna. Atraído por el resplandor de la hoguera, su enemigo lo descubrió y lo mató de un lanzazo.

El respeto por los géneros

Un hombre despierta junto a una mujer a la que no reconoce. En una historia policial esta situación podría ser efecto del alcohol, de la droga, o de un golpe en la cabeza. En un cuento de ciencia ficción el hombre comprendería eventualmente que se encuentra en un universo paralelo. En una novela existencialista el no reconocimiento podría deberse, simplemente, a una sensación de extrañamiento, de absurdo. En un texto experimental el misterio quedaría sin desentrañar y la situación sería resuelta por una pirueta del lenguaje. Los editores son cada vez más exigentes y el hombre sabe, con cierta desesperación, que si no logra ubicarse rápidamente en un género corre el riesgo de permanecer dolorosa, perpetuamente inédito.

Discurso doble

Dame, te doy, soy hembra tuya, soy tu hombre. Por escrito podría confundirse con ese viejo truco literario que consiste en trasladarse, sin previo aviso al lector, de uno a otro punto de vista, cambiando de personaje sin abrir guión ni cerrar comillas, sin dejar jamás la primera persona. Pegando el oído a la puerta es imposible confundirse: es cierto que las voces son dos, pero en las dos, en cada

una de ellas, discurre ese discurso doble que distingue entre todos al Cuarto de los Caracoles, el de los Hermafroditas.

Ataduras

Muchos prefieren que se los ate y la calidad de las ataduras varía, como es natural, de acuerdo con el peculio de la gozosa víctima: desde lazos de seda hasta lazos de sangre. Y es que en el fondo nada ata tanto como la responsabilidad de una familia (ciertamente el más caro de los placeres-sufrimientos)

Los pulcros son así

Los pulcros usan muchas prendas de vestir y se las quitan lentamente. Al cabo del primer año se han sacado ya el sombrero y los calcetines, que acomodan con parsimonia sobre una silla. Cuando por fin están desnudos, miran a su pareja con cierta decepción y algunos exigen que se la cambien por una mujer más joven. Como todos los demás, pagan por hora.

Sádicos

Para aquellos que se complacen en el sufrimiento o en la humillación del prójimo, se propone una combinación de estímulos placenteros de los que no se excluyen ciertos programas de televisión.

Casa de geishas

Doncella y unicornio I

Hay quienes suponen agotado el tema del unicornio y la doncella por extinción de

ambas especies. Sin embargo el diario de hoy publica la fotografía de un caballo con un manchón sanguinolento sobre la frente.

El animal asegura haber sido, hasta pocas horas antes de la toma, una auténtica doncella.

Sapo y princesa I

Si una princesa besa a un sapo y el sapo no se transforma en príncipe, no nos apresuremos a descartar al sapo. Los príncipes encantados son raros, pero tampoco abundan las auténticas princesas.

El iluso y los incrédulos

Hace calor. En el bar un grupo de hombres miran sin mirar los polvorientos rayos de luz que se filtran a través de la persiana.

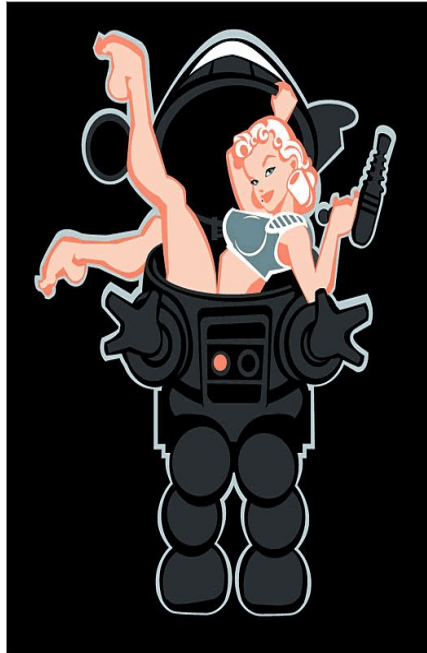
—Puedo caminar por esos rayos —dice el iluso.

Los hombres se ríen y hacen apuestas. El iluso trepa de un salto a uno de los rayos de luz, intenta dar un paso tambaleante y cae. Los incrédulos cobran sus apuestas.

Máquina del tiempo

A través de este instrumento rudimentario, descubierto casi por azar, es posible entrever ciertas escenas del futuro, como quien espía por una cerradura. La simplicidad del equipo y

ciertos indicios históricos nos permiten suponer que no hemos sido los primeros en hacer este hallazgo. Así podría haber conocido Cervantes, antes de componer



su *Quijote*, la obra completa de nuestro contemporáneo Pierre Menard.

Cuatro paredes

Siempre encerrada
entre estas cuatro
paredes,
inventándome
mundos para no
pensar en la rutina, en
esta vida plana,
unidimensional,
limitada por el fatal
rectángulo de la hoja.

- Ana María Shua (Buenos Aires, 1951). Narradora.

**El sabor de una
medialuna a
las nueve de la
mañana en un
viejo café del
barrio donde a los 97 años
Rodolfo Mondolfo todavía se
reúne con sus amigos los
miércoles a la tarde**

Qué bueno.

- Luisa Valenzuela, *Aquí pasan cosas raras* (Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1975): 91.

Envidia (fragmento)

Alguien dijo: -Tuyo es el vino. Y yo miré las viñas rojas, moradas de racimos, con hojas delicadamente labradas. Eran las viñas que dijeron ser mías, y a su tiempo, cada uno bebió su copa bien colmada.

Alguno dijo de nuevo: -Tuyo es el camino. Y yo planté árboles a un lado y a otro. Y la sombra era ancha y hubimos todos sombra de mi mano.

Volvieron a decir: -Tuyo es el canto. Y la canción se fue por el camino, por el vino...

Y yo que me sabía pobre, de una pobreza sin nombre. Y triste, de una tristeza sin derechos, sin quejas y sin fin, rasgué mi ropa y les mostré mi herida.

Y aún les oí decir con los ojos turbios de envidia:
-¡Maravilloso rubí!

- Dulce María Loynaz (La Habana, 1903-1997) *Poemas Náufragos* (Editorial Letras Cubanas, 1991)

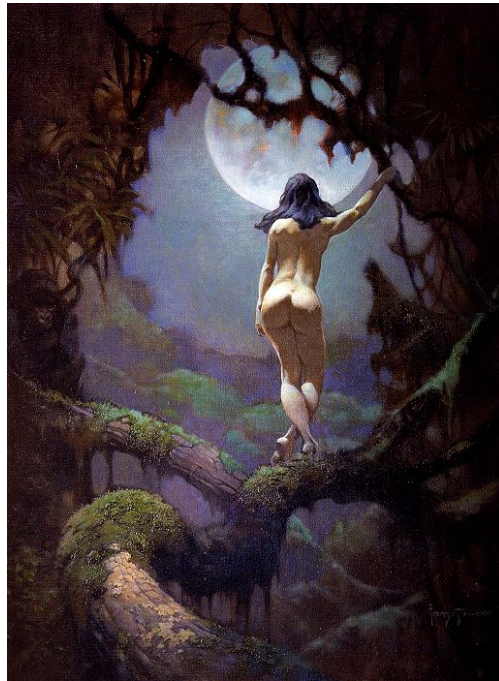
Ahora que es de noche en La Habana

La vecina del cuarto del fondo, está templando ahora con el policía de Holguín, el emigrante, que a su vez está con una bisexual de Monte y

Cienfuegos, bar. La otra, la prostituta del cuarto continuo, fríe papitas porque tiene un italiano en casa y la hija de la prostituta, que estudia en la Lenin, preuniversitario, está apretando con un hombre casado, ex-dirigente.

Del otro lado del solar, frente a la escalera, los rokeros, hijos de papá y de nadie, fuman yerba y bailan, mientras la feíta, la vecinita de catorce años, se acuesta con su padrastro, cuando la madre de la feíta, la delegada, preside una reunión, y el hermano, hijo de la delegada, estafa a uno de los jugadores por dinero.

Mientras, la vecina del fondo termina de templar con el policía, la prostituta comienza a encuerarse y los rokeros fuman más y bailan, la hija de la prostituta sube las escaleras y la feíta y el padrastro descansan abrazados, cuando al hermano de la feíta lo cogen preso y la madre, la delegada, se encuentra con la doctora-lesbiana-ginecóloga, cuando en la



azotea, justo sobre todos los cuartos,
alguien totalmente solo, pinta frente a la
Luna, aún.

- Lien Carrazana Lau (Ciudad de La Habana,
1980). Pintora y narradora.

Pobre, pobre

Creía que esforzándose mucho lo
lograría... no podía saber que se
encontraba en medio de un
charquito del que no podría
salir.

- Maria Josefa "Fefy" Simón
Delgado (Santi Spiritus, 1949).
Licenciada en Física.

La fuga

La mujer dio un pequeño
salto, miró con tristeza a cada
uno de los amigos apresados
aún en sus cárceles, no podía
hacer nada por ellos.

Todavía conservaba una
sonrisa enigmática cuando
dirigió sus pasos hacia la
puerta principal del Louvre.

- María Lissette Díaz Paret (Ciudad de La
Habana, 1960). Poeta.

Supervivencia

Cuando por fin vio la luz, los médicos se
miraron satisfechos.

- Se parece a su madre.
- No, se parece más a su padre.

Atada a la camilla, Ripley gritó.

- Yailín Pérez Zamora (Ciudad de La Habana,
1975). Pintora e ilustradora.

Iká

Orula habló por medio de Ifá, *hay un
extranjero en tu vida y está cerca*. El
padrino la miró con lástima, le devolvió
las pocas monedas. *Confía*, dijo, y se
estremeció.

Iam Death aceleró el Volvo, *this country
is a shit*, pensaba distraído. Luego, sintió
el impacto. La mujer creyó que el mundo
estallaba. Recordó entonces las palabras
del padrino, *Orula no miente, niña*.

- Yanet

ULTIMOS SEGUNDOS DE GLORIA

Si pudiera calcular la más
elemental cifra habría
comprendido la distancia
irreversible que la
separaba de casa. Pero le
eran ajenas la aritmética y
la lógica. Si pudiera sentir
orgullo tendría consuelo
en la magnanimidad del
Héroe. Pero no conocía
sentimientos tan
humanos.

Si pudiera imaginar la
dimensión futura de sus
actos habría conocido la
esperanza de la

inmortalidad. Pero el orden del tiempo no
tenía sentido para ella.

Sin embargo junto con el hambre y la
falta de aire (ambas *in crescendo*
desesperado) sentía miedo, inquietud, y
la nostalgia por un vago recuerdo que
comenzó a transformar la realidad de
metales y contadores a su alrededor. Era
la risa de un niño, y después su cara
rubicunda. Llevaba las manos extendidas
y la llamaba. Quiso correr a su encuentro
pero las correas eran fuertes y ya no tenía
fuerzas para morder. Se quedó quieta,
muy quieta, disfrutando las caricias de la
voz pequeñita que la llamaba hasta el
auténtico vacío... "Hey, Laika...ven aquí
niña... ven a jugar, perrita...Laika, ven..."

Ana Henri (Seud.)



Reto

Desde siempre las mariposas fueron la fantasía cumplida de un mundo perfectamente calculado. Solo ellas en su incomprensible holocausto de colores y misterio desafiaban con su fragilidad a las pirámides.

- Sonmy Alvarez Cavada (Ciudad de La Habana, 1979). Historietista e ilustradora.

La vieja historia del hombre sin corazón

Existió una vez un hombre sin corazón, que vivió en las orillas de un río claro. Un día el hombre sin corazón amó con la fuerza incontrolable de un mar bravío. Y el río se secó.

- Otamy Lam Rubio (Ciudad de La Habana, 1980). Escritora y poeta.

El Charco

Un charco maldecía la gotera que le impedía dormir. Un día cementaron el techo sobre su cabeza y, desde entonces, fue sólo un charco seco, añorando una gotera para despertar.

- Lourdes Rojas Perol (Ciudad de La Habana, 1967). Graduada en Filología.

Tierno azul

Es una práctica general meter el dedo en la leche, para saber si ya está caliente. También lo es, preguntarse, cuándo se está verdaderamente listo para el amor. Quizás sea porque el cuerpo también hierve, y si no se apaga a tiempo, todo el mundo se da cuenta por el olor a fuego cambiado.

Al hacer la leche en las mañanas, ella imagina su primera vez en el amor: Azul, como el cielo tierno que se asoma, algunas veces, por la ventana de la cocina. Pero entonces oye a su mamá,

diciéndole que hay hombres tan “desarrollados” que pueden “acabar contigo” (según sus propias palabras). Por eso le cogió miedo a su novio Alberto y después de la semana lo botó. Él le insinuó algo, ella tocó... Aquello era demasiado grande.

Hace un tiempo, conoció a Andy: cuerpo insignificante e indefenso. Fue capaz de entregarle el bolso nuevo, por el que había luchado tenazmente toda una semana, el pulso de madera, su anillo de plata, y una foto de los quince, copia única. No se sabe cómo es posible entregar tanto a semejante decadencia física, pero ¿acaso alguien recuerda por qué se bota la leche? Ella lo hace cuando nadie mira; al final, no se sabe quién vigila a quién.

Ayer por la mañana, otra vez, tuvo que limpiar la cocina. En un instante de descuido la cazuela se desbordó, y cuando la leche derramada se endurece, no es fácil de quitar. Después del desayuno la hermana se metió con ella en el baño. Le dijo un montón de cosas sobre su primera vez, cosas tan descaradas; si papá lo oyera no creería más en su hija universitaria. También le dio un libro, donde se habla de todo: “aquello”, incluso con figuras, su único interés, a ella no le gusta leer. Cuando papá se dio cuenta gritó. Eso está muy fuerte, dijo, pero igual se encogió de hombros.

Andy vive con su abuelita, no muy lejos. Un pequeño apartamento, tercer piso. Está invitada a desayunar. El cuarto de Andy es bonito. El beso le gustó más. No sabe cuando se quitó la ropa, desde que la mano la tocó... ahí, los ojos se le fueron a cualquier lado, pero la abuelita llegó. Según los ruidos, la vieja inoportuna deja el pan sobre la mesa. En la cocina, pone a hervir la leche, mientras ellos se pegan a la puerta. Algo duro, caliente, se desliza entre sus muslos; se le aflojan las piernas;

se mueve con paciencia primero, después, ya no tanto. Un golpe en la puerta casi los derrota. La vieja inoportuna va para la bodega. Atiende la cazuela... ¡prepárate si se bota! Nadie ha medido el tiempo que demora en hervir la leche pero ella piensa: tanto tiempo vigilándola, bien puede esta devolverme el favor; sobre todo ahora que una boca juega... ahí. Se acuerda del azul tierno pero en el cuarto de Andy no hay ventanas. No importa, ahora todo está dentro, o fuera, en los dos lugares a la misma vez, se mueve. Se mueve y el mundo se resume a esta habitación, habitación sin ventanas. Mientras, el líquido blanco comienza a superarse a sí mismo, se va pegando a las paredes de metal, las abraza, las besa, las va venciendo al punto. Un final desconocido parece anunciarse, todo se transforma. Se anima una explosión donde el tiempo se detiene. Quedan suspendidos en el aire los “desarrollados”, la hermana universitaria, el padre indiferente, el libro, sus figuras. Ocurre un abrazo. La abuelita llega a tiempo para apagar la leche, que llegó justo al borde, próxima al suicidio.

- Dazra Novak (Seud.)

Intimidades del Tiempo

Escribo cosas que al día siguiente no puedo ni siquiera tocar con la punta de los dedos sin marearme.

Ricardo Piglia

El niño se ha contraído dentro de la cuna, tapa las orejas con los índices para no seguir escuchando el llanto de su fantasma, sin esperanzas de que esa noche le desee felices sueños.

La mujer asintió un escalofrío y, después de cerrar con tristeza las paginas de aquel cuento tan raro sobre el niño y su fantasma, se dedicó a bajar todas las persianas por la que se filtraban los inquietantes sonidos (¿gritos de amor de

un gato?, ¿plañidos de alguna criatura atormentada?, ¿presagios de mala suerte?)

El viejo escritor revisa el último párrafo del relato acerca de la mujer triste que clausura ventanas; comprueba su efectividad narrativa, a la vez que evoca la imagen de otra mujer, la más triste que ha conocido en su vida: la boca crispada de angustia, los ojos hinchados por los sollozos.

Tú seguirás leyendo este texto con un vago malestar, presentimientos que se tornará certeza en la próxima oración.

No puedo aguantar más las lágrimas; tal vez broten de mis ojos antes de poner el punto final, antes de darle las buenas noches a mi niño fantasma.

- Ana Lidia Vega Serova (Leningrado, 1968).

FEROMONAS

Los ojos no son ya los de la dulce Miss McDillan, que viaja a través de satélites y páginas web en primera clase, con todas las ventajas occidentales en su bolso de cosméticos, maquillando a Europa. Ahora Miss McDillan tiene unas pupilas babeadas y filosas, y la boca amplia como el Central Park. Siente toda la geografía de su cuerpo, y cada célula le anuncia a gritos su presencia. Sueña con gorgojos que caminen por su pubis hasta rendirle el aliento, mas no recuerda dónde encontró esa fantasía, y desea tanto que aquello húmedo bajo la falda sea scotch, el mejor de todos, o si no, Don Perignon... ¡Champán y fresas junto a Mr John!, que posee en su cuerpo una tropa de insectos exóticos, tropicales...

Su primera presa ha llegado ya, se trata de otro adolescente que le apuñala las tetas con la vista a pesar de que el sendero hacia su llaga no puede estar más accesible. Piensa, con bastante dificultad, que los jovencitos siempre reparan en los senos, y desvía nuevamente su atención hacia aquel niño con sombra de bigotes,

que ha eyaculado entre el rubor y la maroma vegetal. No pudo disfrutar nada esta vez y se frustra un poco. Ya es de noche y a esta hora pudieran haberla violado en varias ocasiones, mas le molestan tanto las tantas farolas del Central Park. Sus ojos no pueden detenerse en punto fijo del espacio, pero el índice de su diestra coquetea con el clítoris cuando pasa un señor muy elegante con pasos lentos que la observa con lujuria. Finalmente se pierde para reaparecer a los minutos, caminando igual, despacio y animal, hasta que Miss McDillan no vuelve a verle. Ya se habrá masturbado por ahí. Y le repugna el hipócrita pudor de esos pingüinos neoyorquinos.

Sin apenas percatarse lame el índice de su diestra y el paladar le retorna el sabor de los agrios insectos de Mr John, quizás el morbo fluye directamente de su colección de objetos personales de Travolta durante la filmación de *Pulp Fiction*, ese ser del que emanan los gorgojos y las ebrias soledades de su violencia agazapada.

Otra vez los dedos arpegian el lucro jugoso de sus piernas, sólo que ahora está a punto de confirmarle al Central Park su mutua conexión, su majestuosa libido retozando entre la brisa fresca y la maleza mojada. El Central Park es el oscuro tapiz donde tal vez la acecha Mr John con colmillos agudísimos para tornarla en vampira fiel de su esperma. Más no la espía Mr John.

La señorita McDillan siente unos dientes que le abrazan poderosamente el sexo, y advierte que no es Mr John, pero no consigue estancar el retazo de soplo y garganta que emana por sus poros la vida misma. Luego alza los párpados y distingue alejarse al pingüino de rapiña. En pleno marzo ya es verano en la piel de Miss McDillan.

Después de balancearse al compás de sus latidos, Miss McDillan, heredera de una complaciente abuela multimillonaria, se detiene junto a su adorado *Lamborghini* y conduce por 5th Avenue a noventa millas, abriendo la puerta de su propiedad horizontal a la misma velocidad, desnudándose frente al espejo y saboreando sus preciosos treinta años. Miss McDillan baila una danza cenital seducida por las alucinaciones de Jim Morrison y las suyas muy privadas. Vuelve a masturbarse derramando scotch, el mejor de todos, en las mejillas de su vulva y grita al forcejear con su orgasmo ¡Dolmancé, Dolmancé! Todo se apaga de repente y llora por el arpón de la soledad que le atraviesa la nuca desde su más tierna infancia, hasta que se duerme con mucha paz, acurrucada entre casas de muñecas, lazos y repostería fina.

Tres horas de sueño son suficientes para retornar a su oficina de cincuenta metros cuadrados en la UNICEF, y ser una vez más la delicada e impenetrable Miss McDillan, luchando contra madres asiáticas que prostituyen a sus hijos por centavos. Ella no puede comprenderlo, se desdicha, recuerda algo de la noche anterior y esto le devuelve el resuello a sus pupilas felinas. Ella, la mujer más común, que derrumba hombres a su paso, como cualquier ejecutivo, tiene un romance discreto y turbulento con su secretaria. Se citan en clubes solitarios a beber champán... ¡Champán y fresas junto a Mr John y sus insectos amargos! Entonces comprende que su fantasía no existió con Travolta, ni con su frívola colección de objetos personales, y que el Central Park y Mr John son el ombligo de su sexo.

Intenta pedirle a Mr John que funde un nido cálido y duradero en el jacuzzi de su piso, pero este es una simple secretaria, que no puede atenderla esta semana

después de la jornada laboral. Por eso Miss McDillan recoge todos sus papeles a las seis y treinta de la tarde, dejando a las madres asiáticas en el sitio común de cada día, con fe en que mañana prostituyan a sus hijos para continuar siendo un alma caritativa con un sueldo decoroso, darse el lujo de no entenderlas, desdicharse, y partir luego en su impecable Lamborghini buscando a Mr John, o buscándose ella misma en el Central Park.

Miss McDillan aguarda una cabeza de lobo frenético con ojos de tormenta y fauces de volcán, tensa cada vez más su cuerda... La pulsa segregando adrenalina como si la génesis del lobo solitario fuera succionar la breve llama de una vela hasta que inflame al mundo y lo incendie. Reposo sus frías nalgas de magma ardiente en los mármoles sintéticos del Central Park, y seduce a sus venas con trozos de mica pagana. Cuando el sol huye hacia el centro del letargo como un cachorro con fobia a la subasta, ella sólo espera el pago a todas sus plegarias.

- Aymara Aymerich (La Habana, 1970). Tomado de la antología *El ojo de la noche*, selección de Amir Valle, publicada por la Editorial Letras Cubanas.

SINAE

El otro día a mi hada Sinae le prepararon una fiesta los habitantes del bosque... te cuento:

Ella estaba sentada donde siempre. Entre las raíces de su árbol centenario al que ella llama Shoishe (lo llama así porque en la lengua olvidada de los tiempos ese nombre evocaba el susurro que producía el viento entre las ramas de los más grandes señores de las alturas).

Los habitantes del bosque hacía tiempo que querían agasajar a mi Hada pero no se atrevían a molestarla, así que eligieron a Shodrum, el más valiente de todos los duendes para que se lo comunicara. Shodrum estuvo preparando ese encuentro durante muchos días, tal era el miedo a romper de

alguna forma la perfecta armonía que emanaba del hada de los bosques.

Sigiloso se acercó a Ella... las manos le sudaban, la espalda rígida, el rostro tenso, ni en sus más ardientes combates con los señores tenebrosos había pasado tanto miedo, pero ella se dio cuenta que él se acercaba cada vez más.

No temas, le susurró, soy Sinae, nunca te haría daño. No temo Mi Señora de los Bosques, no temo más que es sonrisa me hechice y no pueda serviros a vos como os merecéis.

He venido a buscaros Mi Señora, los habitantes de este su reino quieren prepararle una fiesta y nos haría un gran honor si acudiera.

Sinae se levantó de un salto, de repente su cara se transformó en alegría, ¿una fiesta? ¿Para mí? Sí, sí, sí, ¿cuándo, quién vendrá?

Por fin Shodrum se relajó y esbozó una tímida sonrisa en su cara curtida por mil batallas, exultaba felicidad, le había costado mucho llegar hasta allí y dirigirse al Hada pero ella le había hecho ver que no había razones para tales miedos.

- Ivonne Cotorrueco Pérez (Ciudad de La Habana).
Narradora y poeta.

El encargo

Severiano había nacido para pintor. Obediente y respetuoso complació a unos padres empeñados en su licenciatura en leyes. Heredó antes de cumplir los 30 años de edad, antes incluso de contraer matrimonio con Justina.

- Un mundo plagado de belleza surge de tus manos.

Apenas si se conocían cuando Justina pronunció estas palabras al ver por vez primera sus pinturas.

Sabedor de que ese no debía ser su destino no cejó su empeño por conseguirlo. Sacrificando horas de estudio asistió a clases de pintura y pudo ser testigo de la eclosión y participar en el desarrollo de las *vanitas*, hecho destacado que llenó su vida de extravagantes

obsesiones.

Siguiendo las doctrinas dictadas, pronto sus cuadros comenzaron a ser conocidos. Los encargos aumentaron por lo que tuvo que abandonar el ejercicio legal para dedicarse en exclusiva a la pintura.

Su mujer se negaba a entrar en el estudio. Claramente le conminó para que se deshiciera de todas aquellas aberraciones o le abandonaría. No soportaba la idea de compartir el lecho en aquellas condiciones. Calaveras y huesos esparcidos por doquier, se apilaban junto con animales disecados y naturalezas muertas de todo tipo. Un olor acre lo inundaba todo y ni el fuerte aroma del óleo podía disimularlo.

Pero el no se rendía, quería demostrarle lo positivos que eran sus esfuerzos. Cada nuevo encargo se convertía en un reto para que su obra trascendiera.

Don Luis Alfonso Galán de Reyes era un caballero temeroso de Dios más conocido por sus excesos que por sus virtudes, llegado el último tramo de su vida y decidido a expiar sus culpas, pensó en una representación singular para que en su mausoleo tuviera la imagen de persona piadosa que andaba buscando.

Severiano se empleo a fondo y en poco tiempo tuvo acabado el encargo.

Orgullosa del realismo conseguido, le pidió a Justina como último favor que pasara a verlo y ésta, haciendo acopio de la admiración que por él aún sentía, accedió.

Tal fue el horror registrado en aquél cuadro que no dudó en exclamar:

-¡La muerte se ha apoderado de tus manos!

Fue la última vez que compartió el mismo cuarto con él.

Un inhóspito e incandescente ambiente fatuo lo enmarcaba todo. Las grandes puertas, protegidas por un inconmensurable cancerbero de horribles proporciones, se abrían ante un

desmembrado esqueleto que guiaba a un caballero con los ojos vendados al interior del Averno.

- Carmen Rosa Signes Urrea (Castellón, 1963)

Devoción

Debajo de un árbol, frente a la casa, veíase una mesa y sentadas a ella, la muerte y la niña tomaban el té. Una muñeca estaba sentada entre ellas, indeciblemente hermosa, y la muerte y la niña la miraban más que al crepúsculo, a la vez que hablaban por encima de ella.

—Toma un poco de vino —dijo la muerte.

La niña dirigió una mirada a su alrededor, sin ver, sobre la mesa, otra cosa que té.

—No veo que haya vino —dijo.

—Es que no hay —contestó la muerte.

—¿Y por qué dijo usted que había? —dijo.

—Nunca dije que hubiera vino sino que tomes —dijo la muerte.

—Pues entonces ha cometido usted una incorrección al ofrecérmelo —respondió la niña muy enojada.

—Soy huérfana. nadie se ocupó de darme una educación esmerada —se disculpó la muerte.

La muñeca abrió los ojos.

- Alejandra Pizarnik *Publicado originalmente en Mundo Nuevo 7 (Paris 1967), bajo el título de "Pequeñas Prosas".*

14

Ella me ha entregado la felicidad dentro de una caja bien cerrada, y me la ha dado, diciéndome:

—Ten cuidado, no vayas a perderla, no seas distraída, me ha costado un gran esfuerzo conseguirla: los mercados estaban cerrados, en las tiendas ya no había y los pocos vendedores ambulantes que existían se han jubilado,

porque tenían los pies cansados. Esta es la única que pude hallar en la plaza, pero es de las legítimas. Tiene un poco menos brillo que aquella que consumíamos mientras éramos jóvenes y está un poco arrugada, pero si caminas bien, no notarás la diferencia. Si la apoyas en alguna parte, por favor, recógela antes de irte, y si decides tomar un ómnibus, apriétala bien entre las manos: la ciudad está llena de ladrones y fácilmente te la podrían arrebatar. Después de todas estas recomendaciones soltó la caja y me la puso entre las manos. Mientras caminaba, noté que no pesaba mucho pero que era un poco incómoda de usar: mientras la sostenía no podía tocar otra cosa, ni me animaba a dejarla depositada, para hacer las compras. De manera que no podía entretenerme, y menos aún, detenerme a explorar, como era mi costumbre. A la mitad de la tarde tuve frío. Quería abrirla, para saber si era de las legítimas, pero ella me dijo que se podía evaporar. Cuando desprendí el papel, noté que en la etiqueta venía una leyenda: "Consérvese sin usar." Desde ese momento tengo la felicidad guardada en una caja. Los domingos de mañana la llevo a pasear, por la plaza, para que los demás me envidien y lamenten su situación; de noche la guardo en el fondo del ropero. Pero se aproxima el verano y tengo un temor: ¿cómo la defenderé de las polillas?

- Cristina Peri Rossi (Montevideo, Uruguay, 1941), *Indicios pánicos*, 2a. ed. (Barcelona: Bruguera, 1981): 38.

Minicuento 06 **(La Mirella)**

Sí, yo soy la Mirella. La Mirella incomprendida. La que han corrido mil veces de mil edificios mil caseros

virtuosos. La que escandaliza el orden y la moral del vecindario con los sonidos que salen de mis ventanas. Yo soy la Mirella incomprendida. La que no pertenece a estas calles, ni a esos ojos que me juzgan desde atrás de las persianas. Soy la Mirella, la mujer que un buen día decidió vivir con la lascivia por bandera. La que disfruta abriendo sus puertas a los desconocidos, ante el asombro y para escándalo de las vecinas solteras que murmuran a mi paso mientras se santiguan como si vieran pasar al mismísimo diablo. Yo soy la Mirella, la de carne y sal. La Mirella-plato generoso para el comensal hambriento. Desde el hombre que tuvo la mala idea de amarrarse a mi cama ante un juez, sólo para acabar enterrado en la resignación de una exclusividad ilusoria. Pasando por el obrero, el licenciado, el albañil, el cura, el maestro, el policía, y el lechero (por no dejar arquetipos sin cubrir)... hasta aquél niño lindo, estudiante de psicología, que un buen día tuvo la brillante idea de tocar a mi puerta ofreciendo agua... ah... nunca imaginó lo que sus jugosos y pueriles labios terminarían entregando... (me pregunto que dirá Freud al respecto). Yo soy la Mirella, la incomprendida, la errante, la de piel nómada y mirada esquiva. La que busca... sin encontrar.

- Mónica Morales Rocha (Guanajuato, México. 1976). Escritora.

HEMBRA

—Podría darte un beso ahora mismo — le dice Alma en plena fiesta. Vino y baile. Y se refiere a un beso de amante, el de una mujer enamorada de otra. Pero no a la manera homosexual. Alma es hembra de hombres, pero tiene años amando a Elena sin buscar nada más que poder decirle esto algunas veces y poder hacerlo alguna madrugada ebria.

Elena siente una campanada, no puede negarlo. Una dulce campanada.

- Ethel Krauze (México, 1954). Ensayista, dramaturga y poeta. Relámpagos (México: Consejo nacional para la Cultura y las Artes, 1995): 9.

ESTADO DE SITIO

Camino por las grandes avenidas, las anchas superficies negras, las banquetas en las que caben todos y nadie me ve, nadie voltea, nadie me mira, ni uno solo de ellos. Ninguno da la menor señal de reconocimiento. Insisto. Amenme. Ayúdenme. Sí, todos. Ustedes. Los veo. Trato de imantarlos; nada los retiene, su mirada resbala encima de mí, me borra, soy invisible. Sus ojos evitan detenerse en algo, en cualquier cosa, y yo los miro a todos tan intensamente, los estampo en mi alma, en mi frente; sus rostros me horadan, me acompañan; los pienso, los recreo, los acaricio. Nosotras las mujeres atesoramos los rostros; de hecho, en un momento dado, la vida se convierte en un solo rostro al que podemos tocar con los labios. Amenme, véanme, aquí estoy. Alerto todas las fuerzas de la vida; quiero traspasar los vidrios de la ventanilla, decir: “Señor, señora, soy yo”, pero nadie, nadie vuelve la cabeza, soy tan lisa como esta pared de enfrente. Debería gritarles: “Su sociedad sin mí sería incompleta, nadie camina como yo, nadie tiene mi risa, mi manera de fruncir la nariz al sonreír, jamás verán a una mujer acodarse en la mesa como lo hago, nadie esconde su rostro dentro de su hombro...señores,

señoras, niños, perros, gatos, pobladores del mundo entero, créanme, es la verdad, les hago falta.”

Me gustaría pensar que me oyen pero sé que no es cierto. Nadie me espera. Sin embargo, todos los días tercamente

emprenndo el camino, salgo a las anchas avenidas, a ese gran desierto íntimo tan parecido al que tengo adentro. Necesito tocarlo, ver con los ojos lo que he perdido, necesito mirar esta negra extensión de chapopote, necesito ver mi muerte.

- Elena Poniatowska (Paris (nacionalizada mexicana), 1932). De noche vienes (México: Grijalbo, S.A., 1979).

ROSAS

Soñabas con rosas envueltas en papel de seda para tus aniversarios de

boda, pero él jamás te las dio. Ahora te las lleva todos los domingos al panteón.

- Alejandra Basualto (Chile, 1944). La mujer de yeso (Santiago de Chile: Documentas/Literatura, 1988): 80.

POLVO SERÁS

Las amigas que llegan puntualmente los viernes en la tarde a la casa de doña Fidelia, para el tradicional partido de Chiflota, no pueden evitar mirar de soslayo el ánfora depositada en la mesita de bacarat del living. De admirar en silencio ese altar a la memoria del

Porque soy mujer

Hoy voy a gritar.
Hoy no callaré el dolor de mi cuerpo.
Hoy te diré que ya basta.
Hoy no aceptaré un solo insulto.
Hoy te diré que ya basta.
Hoy no me pintarás morados en los ojos.
Hoy te diré que ya basta.
Hoy no me dirás que no valgo nada.
Hoy te diré que ya basta.
Hoy no dejaré que destruyas lo que me queda de alma.
Hoy te diré que te vayas.
Hoy, renaceré nuevamente mujer.
Volveré a peinar mi cabello,
Volveré a usar aquel vestido,
Volveré a perfumar mis sentidos y
Pintaré de rojo carmín mis labios,
porque soy mujer, porque quiero ser mujer.

- Carla Palacios (Hermosillo, México, 1972)

difunto. Cuando la anfitriona se ausenta para preparar el te, una de ellas de apresura a explicar: mal que mal, se amaron y se acompañaron por casi treinta años. Y ha decidido conservar las cenizas para que todo el mundo sepa que él sigue presente en esta casa, justifica rotundamente otra. Sobre el amor no hay nada escrito, suspira la que había empezado barajar las cartas. Cuando las invitadas se van, la viuda mira por costumbre su reloj, aunque sabe que han pasado ya la medianoche, se acerca a la chimenea y atiza morosamente los restos de las brasas. Luego camina hasta el ánfora, la abre y hurga con las tenazas el fondo hasta extraer un par de terroncitos óseos. Los observa un momento, como buscando reconocer algún detalle especial, y con un gesto de dulce rencor los deposita en el rescoldo renovado del fuego.

— Me prometiste que siempre estarías a mi lado, para quererme, Eulogio. Me gustaba recostarme en tu hombro y preguntarte qué va a pasar si uno de los dos muere primero, para sentir ese estertor saludable de tu risa y oírte recitarme *luego huesos que han dulcemente ardido*, ¿así era el poema?, *polvo serán, mas polvo enamorado*. Pero ya a poco de casados te dio por empezar a salir de noche, dizque con los amigos. A nadie le he dicho nunca que te ibas los viernes por la tarde, y yo me quedaba junto a este fuego esperando a que por lo menos regresaras el domingo. Al final, más por cansancio que por esperanzas, tuve que darte ese remedio, ver modo de que te cremaran a la rápida, antes de que se enteren, y traerte en esta ánfora a la casa, para que empieces a cumplirme.

- Alicia Sánchez (Chile). *Inédita*.

LA MUJER QUE AMÓ LA LLUVIA

Mujer de cal enhebra el vientre en la temporada especial. De pronto, un día de lluvia sale intempestivamente a ofrecernos su hijo. Se comenta que el padre está feliz o más bien todavía no lo entiende: que la borra del café en la madrugada no supera las palabras sin sentido entre los esposos. Además, ella aguardó con impaciencia hasta las cinco de la tarde; sabía que ya nada se perdería y, sin embargo, mucho de lo que amaba se le había ido. Por ejemplo, la escena de pájaros incrustados en un cinturón de tela, que de ahora en adelante, no le serviría. O la curva de dos cuerpos detrás de la ventana. De lo que se llegó a contar, no fue poco el misterio, las versiones erróneas y el preguntarse si acaso las paredes pueden preñarse únicamente con el agua. Sin poder evitar los escarnios, ella dedicó grandes esfuerzos y la generosidad de sus pechos en insuflarle vida a la criatura. Los demás, aunque parezca mentira, la fueron olvidando con el tiempo. La gente no volvió a preguntar por qué cada vez que llovía por las tardes, una figura blancuzca se aparecía en algunas puertas ofreciendo un extraño bulto de ropa y diciendo que era su nuevo hijo. Luego de tanto fabular triángulos amorosos y bochornos engendros, todos comprendieron que el argumento no regresaría a su hilo y por eso, nunca se supo quién lo había tejido.

- Iliana Gómez Berbesi (Caracas, Venezuela, 1954), *Secuencias de un hilo perdido* (Cumaná, Venezuela: Universidad de Oriente, 1982): 65.

Sobre las ilustraciones:

Pág. *Forbbiden Francis* (2001). Andrew Bawidamann (Ohio, 1976).

Pág. *The moon 's Rapture* (1994). Frank Frazetta (Brooklyn, 1928).

Pág. *Haley* (2002). Ary Spoelstra (Holanda, 1956).

—Aquí tenemos la mantícora. Cabeza de hombre, cuerpo de león, cola de escorpión. Capturada a medianoche, cuando devoraba hombres lobo para refrescar su aliento. Criaturas de la noche devueltas a la luz. Aquí está el dragón. Arroja fuego de vez en cuando..., por lo general sobre la gente que lo molesta, jovencito. Por dentro es un infierno, pero su piel está tan fría que quema. El dragón habla diecisiete lenguas malamente y padece de gota. El sátiro. Señoras, manténganse alejadas. Un auténtico provocador. Capturado en curiosas circunstancias, que sólo revelaré a los caballeros, por un modesto estipendio, al finalizar el espectáculo. Criaturas de la noche.”

- Rukh a los visitantes.

—Cuando el vino se beba a sí mismo, cuando la calavera hable, cuando el reloj suene a la hora correcta..., sólo entonces hallará el túnel que conduce a la guarida del Toro Rojo. —Dobló las garras bajo el pecho y añadió—: Hay un truco para encontrarlo, por supuesto.”

- El gato de la oreja torcida a Molly.

—Haggard, no me gustaría estar en tu pellejo por nada del mundo. Has dejado que tu perdición entrara por la puerta principal, aunque no se irá por el mismo camino. Te contaré más detalles, pero ya no estoy a tu servicio. Es una pena, porque llegará un día en que sólo un maestro podrá

Frases:

salvarte... ¡y en esa hora tendrás a Schmendrick para que te ayude! ¡Adiós, pobre Haggard, adiós!”

- El mago
Mabruk al Rey Haggard.

—Mis secretos se guardan ellos mismos... ¿Hacen lo mismo los tuyos?”

- El Rey Haggard
a Lady Amalthea.

—Pero ¿qué me queda por probar?. He atravesado a nado cuatro ríos, todos ellos caudalosos y de un kilómetro y medio de ancho, por lo menos. He escalado siete montañas nunca escaladas antes, he dormido tres noches en el Pantano de los Ahorcados y he salido con vida de aquel bosque donde las flores te queman los ojos y los pájaros destilan veneno. He roto mi compromiso con la princesa a la que me había prometido en matrimonio..., y si piensas que no fue una empresa heroica es porque no conoces a su madre. He vencido a quince caballeros negros, ni uno más ni uno menos, que vigilaban quince vados con sus pabellones negros y desafiaban a todo el que quisiera cruzar. Y ya he perdido la cuenta de las brujas de los bosques impenetrables, de los gigantes, de los demonios disfrazados de damiselas; de las colinas de cristal, los acertijos fatales y las empresas terroríficas; de las manzanas mágicas, los anillos, las lámparas

Del “Último unicornio” Peter S. Beagle

maravillosas, las espadas, las pociones, las capas, las botas, los collares y los gorros de dormir. Por no mencionar los caballos alados, los basiliscos y las serpientes de mar y todo el resto del repertorio. — Levantó la cabeza, mostrando tristeza y confusión en sus ojos azul oscuro—. Y todo para nada.”

- El Príncipe Lir a
Molly Grue.

—No, no, escúchame, no me escuches, escúchame. Encontrarás a tu gente si eres valiente. Hace mucho tiempo que rebasaron todos los caminos. El Toro Rojo los siguió de cerca y borró sus huellas. No desmayes ante nada, pero no te descuides.”

- Una mariposa
al unicornio.

—Entonces, ¿para qué sirve la magia?. ¿De qué vale toda esa hechicería, si no puede salvar a un unicornio?”

- Grito del
Príncipe Lir.

—Para eso están los héroes de leyenda”

- Schmendrick al
Príncipe Lir.

—Nunca debes huir de algo inmortal. Atraerás su atención. Nunca huyas. Camina despacio y finge que estás pensando en otras cosas. Canta una canción, recita un poema, ensaya alguno de tus trucos, pero camina despacio y quizá no te siga. Has de caminar muy despacio, mago.”

La unicornio a
Schmendrick.